



66 MILLONES DE SOBACOS

Dicen que en España habitan 33 millones de seres que, multiplicados por dos, arrojan la cifra espeluznante de 66 millones de sobacos. Creo entonces que en un país donde pueden romper a sudar 33 millones de almas a través de 66 millones de axilas (los mancos también cuentan con axilas ya que mancos del todo —sobaco incluido— no se dan) hay que darle su importancia y prestarle su atención.

El sobaco es ante todo una parte íntima, aunque se salude con el brazo en alto, izquierda o derecha tanto monta, y al haber tal astronómica cifra de partes íntimas, el desarrollo de los olores corporales es un peligro que acecha. Las marcas de desodorantes no quitan el olor a rancio por mucho que digan las bellas anunciantes. La ducha tampoco. Por tanto, la axila, una vez enloquecido el poro, hace de nuestra tierra un páramo de pachuli asfixiado, como si pasáramos el sudor por el turmix mezclándolo con aromas de bergamota. El pueblo huele mal. Los ricos huelen mal. El de la clase media también canta y aquí no hay quien pare. Convendría arreglar el panorama. Amputar sobacos parece una buena solución. Enyesar axilas, otra. Pero la mejor sin duda es la que yo propongo y que ha sido sometida a mi familia y ha dicho que le parece muy bien, por eso la expongo. La única y eficaz manera de acabar con el sobaco en España es no prestar atención al problema. Andar por la vida como si no nos sonara la bisagra. No hacer caso al sobaco en una palabra. Esto es fácil: por ejemplo, cuando va usted por la calle y empieza a derramarse desde su sobaco un cierto olor a mística medieval, pues no piense que de su cuerpo se desprenden esos efluvios. Piense que es el prójimo el que huele a tiendres, indígnese y atáquele de manera vigorosa y contundente. Una vez muerto el prójimo dos sobacos habrán pasado a la eternidad inmaterial donde las cosas no tienen olor. Etcétera, etcétera.

LAE-TSE-QUIN.



DODOT

—La madre abadesa dentro, por el calor.

Los góticos caracteres de bronco relucían en aquel cartel a la puerta del convento. Eran las cinco de la tarde... Mi madre y yo nos miramos en silencio.

El día anterior, en el sanatorio, dos mil enfermos celebraron la despedida de mamá. Engalanaron la sala de moribundos con farolillos de papel —rojos, verdes, azules, amarillos— y dispusieron un barril de vino al pie de cada cama. A las doce de la noche estaban todos completamente borrachos. Mi madre se encaramó al lecho del decano de los desahuciados y nos regaló con un brillante discurso de despedida: «... Os dejo. Hora es ya de renunciar a las pompas y vanidades de este sanatorio. Mucho me he reído de vosotros, mis queridos enfermos, y ahora que los años amenazan con doblar mi espina dorsal en enfermedades sin cuento, creo que lo mejor es el retiro y la paz conventual. —Se volvió hacia mí llena de orgullo—. Este es mi hijo Adriano. Gracias a él he podido vivir

«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 21



mi salud inquebrantable entre vuestros dolores. Gracias a sus chuleos he podido pagar el altísimo precio de las felicidades encerradas en este hospital. Ha sido un buen hijo. Siempre le repugnó ligar y pasó la juventud ligando para que su madre, yo, pudiera vivir en un sanatorio. Y no porque estuviera enferma, sino porque me gustaba reírme de los enfermos; es decir, de vosotros, mis queridos moribundos...». Una atronadora salva de aplausos interrumpió su discurso. Los ojos se me llenaron de lágrimas. En ese momento, un viejito prostático gritó desahogado: «¡Viva la madre de Adriano di Tola...!». Y se murió. Mi

mamá soltó la última carcajada en aquel sanatorio, hizo las maletas y se despidió del equipo médico. Su resolución había de llevarla hasta el final...

Esto me hizo pensar en mi destino. Ya no tenía objeto el saqueo material de mis víctimas. Ya no tenía objeto seguir amando a todos aquellos seres insignificantes cuyo dinero no podía proporcionar placeres a mi pobre madre. Su renuncia al sanatorio debería ir acompañada por mi renuncia a la vida. Si ella profesaba, yo habría de hacer lo mismo. Yo, Adriano di Tola, harto de dominar marquesados, petroleros, haciendas, vidas y chequeras; harto de consumir amores no sentidos y de vaciar corazones y cuentas bancarias, buscaría en la paz del convento una razón de vivir. Mi madre aprobó con un intenso abrazo la decisión. Me dijo: «Siempre fuiste un buen hijo. Acompáñame a mi convento y no pierdas tiempo en ingresar en el tuyo». La acompañé y así acabé con «my secret life».

ADRIANO DI TOLA

